

C A R A Y Por IGNACIO AGUSTI C R U Z

Gstaad, tierra de ocios

LA anciana marquesa de las mil arrugas disimuladas, de rostro zurcido por los cirujanos, amasijo de patas de gallo y potingue de laboratorio, toda ella arrancada de una página de Proust, observó, lanzando una mirada oblicua y desdeñosa a la embocadura de la parrilla del hotel: «Maintenant viendra la limonade. La vieja marquesa, tan habituada a vivir en los hoteles, había acabado hablando como los camareros. La «limonada» — en contraposición a nosotros, que éramos «restaurants» — eran los seres ruidosos y locos que entrarían en bandadas a bailar y a beber, después de la cena. Y la vieja marquesa se horrorizaba de que, al cabo de unos instantes, mientras aún flameaba el rito de nuestras «cotelettes al rosa», aquel local se llenara de tales intrusos.

En puridad, eran los de la «limonada» quienes debieran mirarnos a los demás como a intrusos. Porque estábamos en el Grand Hotel de Gstaad, estación balnearia de la altiplanicie bernesa dedicada principalmente al deporte de la nieve. Los de la «limonada» eran jóvenes deportistas que llegarían vistiendo atuendos diversos — «sueters», «foulards» de vivos colores — y con la tez casi negra del contacto del sol. Nosotros, los del «restaurant», aparte de mi propia persona, éramos productos noctámbulos y desfilados de la vieja Europa en declive, aquella Europa entonces erosionada de pólvora y de ceniza.

Uno de los comensales era un maduro barón bávaro de blanca barba y monóculo inmóvil, de quien me dijeron que era el rey de las piezas. Llevaba en brazos, día y noche, un diminuto chilhuahua, por el que desvivía; y masticaba incesantemente unas extravagantes píldoras doradas, gesto que hacía mover y vibrar su papada sin respiro, de manera obsesiva. Jamás hablaba; se limitaba a sonreír y, de tarde en tarde, a reír estrepitosamente.

La vieja marquesa, que era muy chistosa cuando no estaba desvanecida por el alcohol, opinaba que lo más hermoso de la alta montaña son las «boites» y los camareros franceses. Yo no opinaba igual. Por las mañanas todas las cimas del macizo bernés, rutilantes de nieve, daban un inmenso marco al cielo. Por las pendientes y los declives se deslizaban amazonas tenues del viento sobre un par de esquís; y era un espectáculo maravilloso verlas en lo alto, como diminutos puntos del paisaje, hasta tornarse raudamente corpóreas y atléticas en la proximidad. Más abajo, en el pueblo, podía verse más tarde a otras figuras trenzar sobre el espejo del hielo arábescos y piruetas mágicas, esbeltas las piernas femeninas bajo el faldellín, en el revoloteo sutil de un paso de danza silencioso.

Ese era Gstaad, y supongo yo que sigue siendo. Allí estaba el mundo que ahora sale en los magazines, y que por entonces — años de la guerra — intentaba pasar inadvertido. Allí estaba el obeso y eufórico campeón de la vida nocturna, el ínclito Aga Khan, terror de los «maitres d'hôtels», vociferante y ruidoso, dueño y zar de los oídos de una Europa que estaba muriendo a tiros. A su paso se apartaban los sillones isabellinos, se abombaban las cortinas, se azaraba el bronce de los pasamanos. Era un hombre para entrar a toda orquesta en los salones, pero a toda orquesta de «jazz».

Yo pienso que ese mundo portentoso y abú-

lico de los grandes hoteles de montaña estaba en aquellos días sujeto a una transformación, apurando los residuos victorianos anteriores a la otra guerra, la del catorce. Todo aquel mundo vivía todavía a la sombra de Eduardo, el príncipe de Gales, bisabuelo de la reina de hoy. La vieja marquesa y el barón del perrito y el Aga Khan eran los residuos del viejo Imperio y tenían el alma dorada y líquida como el whisky, o como la libra esterlina anterior a la depredación del patrón oro. Luego ha venido el dólar y la democratización del vicio elegante.

Todos aquellos seres se retiraban allí a descansar; pero, ¿de qué? Yo no he visto actividad igual a la desplegada por el viejo Aga Khan en Gstaad: festejos, iniciativas, tómbolas, no le dejaban tiempo libre; y el que tuviera lo invertía en horribles invectivas a quien se cruzara con él. A veces se quedaba tumbado en un sillón y era la viva estampa de un dormir bíblico la que

Las perlas de la corona

Es cierto que los tiempos cambian y que los vemos discurrir velozmente. La propia bizneta de aquel Eduardo VII se presta a este trastuque veloz. Hace

unos días aceptó, sin reparar en ello, por lo menos en apariencia, que en una de las recepciones a los veteranos de no sé qué guerra, uno de los asistentes se presentara a palacio sin corbata. Ella, su majestad, le saludó como a los demás, sin fijarse en la ausencia del aditamento. El bizarro y senecto ex soldado explicó a la salida que jamás había poseído una corbata y que no iba a modificar su política por una razón trivial de protocolo.

Tampoco estaba en el protocolo lo que va a acontecer. En adelante, a partir de ahora, la Corona ofrecerá a sus súbditos el espectáculo de su propia pinacoteca. El tesoro artístico de la Casa Real inglesa alcanza la cifra de diez mil obras maestras. Naturalmente que la exhibición será hecha paulatinamente. Para ello ha sido restaurado y reedificado, en el palacio de Buckingham, un pabellón, la antigua capilla «John Nash», y a él se podrá entrar directamente desde la calle. En este pabellón no caben más que cuarenta cuadros; un corresponsal nos informa que, por esta razón, los cuadros que se exhiban ahora no podrán volver a ser vistos por el público hasta 1990, ya que la exhibición de cada lote durará dos meses.

¿Qué manera tan lenta, tan sabia y tan sagaz de acercarse a la plebe tiene la Casa Real inglesa! Las piezas guardadas con tal siglo se remontan, en algunos casos, a diez siglos de antigüedad. ¿Las cosas que han pasado desde entonces! Decía el mismo corresponsal, de quien extraemos la noticia, que el último soberano inglés que pareció interesarse por las artes, antes de la reina Elisabeth, fue nada menos que Barba Azul.

presentaba ese príncipe de los ismaelitas. Su ronquido era un ronquido imperial, majestuoso y asiático.

Ahora, creo yo, es distinto. He leído en los periódicos — y he visto en imágenes — la figura de Elisabeth Taylor en los mismos paisajes y lugares que estoy evocando. Allí ha ido la debida y gran actriz para reposar al lado de sus hijos. La Cleopatra se ha tornado gacela en los paisajes de Gstaad. Y la turbulencia y la pasión han cedido ante los cándidos elementos que tiene enfrente su grande y honda mirada femenina: la transparencia de unos hijos y la luz de los montes apacibles y extensos.

Si la vieja marquesa la hubiera visto entrar en la parrilla del Grand Hotel, tal como yo la he visto en las fotografías, la hubiera radiografiado con sus ojos astutos: «Pas mal, la gamine... Mais, la pauvre... Elle n'est plus que de la limonade...»

La pinacoteca de la Real Casa británica ha sido formada, pues, no solo al margen de las revoluciones y de los saqueos europeos de la historia moderna, sino también al margen de la dedicación afectiva de sus usuarios y promotores.

A nosotros se nos antoja que esta exhibición — o que la iniciativa — encierran una curiosa moraleja, a saber: que para poseer no es necesario esforzarse demasiado en adquirir y almacenar. El concepto del buscón inquieto y avariento lleva anejo el del destructor y envidioso. Quizá, para crear riqueza, baste con no destruir. Sin monarcas deliberadamente protectores de las artes, la Casa Real inglesa puede exhibir una colección portentosa. Quizá los mejores mecenas sean, en el fondo, los guardias de orden público.

Más ¿era una simple razón de discriminación aristocrática, o el pudor del fasto, o la avaricia moral la que motivó un secreto pictórico antiguo de diez siglos? ¿O había, además, motivaciones políticas, cautelosas superiores, en la medida? Nunca podremos determinar seguramente el fondo de esta cuestión. Creemos, sin embargo, que si Inglaterra ha soslayado en parte la revolución se debe a que las clases superiores no han dejado hasta ahora compartir a los demás el espectáculo de sus fastos. Es muy significativo el riguroso control que se establecen allí en los clubs privados. Así ocurre también en las más altas esferas. Aparte del gran valor pictórico de las obras que, con cuantagotas, serán exhibidas, lo que se va a enseñar ahora al vulgo inglés es también cierta colada histórica, algún trazo sucio del memorial británico, que, con tizne de siglos antiguos, podía haberse prestado a reflexión popular.

«That is the question». ¿Queman los cuadros de las pinacotecas porque hay revolución; o hay revolución porque previamente han visto los cuadros? Lo más coherente y lo más sagaz es lo que va a hacer la Casa Real inglesa: enseñarlos ahora, cuando ya no hay peligro, y casi de uno en uno, para que los puedan gozar sin tropel.